

KAFKA EN MÉXICO

JOSUÉ SÁENZ



Franz Kafka, novelista de la realidad de la irrealidad y de la irrealidad de la realidad, nació en Praga. Por azares de la vida, fue enterrado cerca de Viena, cuna de los preclaros economistas que crearon las famosas teorías de la "Escuela de Viena" y que, al emigrar, las sembraron en las mejores universidades del mundo. Entre ellos destacan Böhm-Bawerk y Menger, Machlup, von Mises y von Hayek. Los fantasmas de estas eminencias acordaron celebrar una reunión cada año en su ciudad natal. Un día, el de Kafka salió de su tumba para asolearse en el parque y cayó por accidente en la amistosa reunión de los vieneses. Hombres cultos, lo reconocieron y lo invitaron a charlar. El recién fallecido Nobel de Economía von Hayek le dijo: Franz, me preocupa que hasta tu fantasma tenga el rostro compungido. Créeme que el mundo no es tan absurdo e irracional como lo describen tus libros. Tú sabes que nuestra ciencia obliga a los economistas a ser lógicos y racionales. Recuerda que a nosotros los fantasmas no nos cuestan los viajes. Te sugiero que vayas a México, único país del mundo que durante siete años consecutivos ha tenido la suerte de ser gobernado por economistas. Debes ir a una junta del gabinete en las oficinas presidenciales. Estoy seguro de que allí encontrarán realismo y racionalidad en el poder y que tus angustias, dolores y depresión desaparecerán. Tu rostro sonreirá.

Kafka, transparente e ingrátido, tomó el avión de Viena a Nueva York, donde transbordó a México. Aterrizó en la capital y caminó rumbo a las oficinas presidenciales ubicadas en una bella zona llamada "Los Pinos". Le costó trabajo llegar: marchas de protesta y plantones bloqueaban las calles, y cientos de policías intentaban dispersar a los manifestantes antes de que llegaran a la presidencia. Kafka, invisible e impalpable, entró temprano a las oficinas presidenciales. Pronto encontró el salón donde se reunía el presidente con su gabinete. En las paredes habían sido colocadas las gráficas que el mandatario usaría para exponer a su gabinete el Plan Nacional de Desarrollo y los Criterios Generales de Política Económica para 1996.

Antes de que comenzara la sesión programada, el fantasma de Kafka tuvo la oportunidad de estudiar las

gráficas. La primera, con impresionante curva ascendente, mostraba que la inflación de 1995 sería de más del 50%, otra indicaba que el Producto Interno Bruto del año bajaría 7%. Una más medía que el peso había perdido la mitad de su valor respecto al dólar. Otras más indicaban que los salarios reales estaban por debajo del nivel de diez años antes y que la cartera vencida ahogaba tanto a los bancos como a sus clientes. La más impresionante mostraba que el desempleo real era de más de 9 millones de mexicanos. Por primera vez sonrió el rostro del fantasma de Kafka. Tenía razón Hayek, pensó, en este gobierno de economistas hay realismo.

En ese momento entraban al salón de juntas el presidente y su gabinete. Las primeras palabras del jefe del gobierno fueron: "señores, he olvidado mi reloj. ¿Qué hora es?" Al unísono, el gabinete respondió: "la que usted diga señor Presidente". Comenzó la sesión y el presidente afirmó que las estadísticas y las gráficas eran contundentes. México vivía la peor crisis económica de su historia. Su siguiente frase fue, para asombro de Kafka, "esto comprueba que nuestro plan económico ha sido correcto y que no debemos cambiar el rumbo". El gabinete entero asintió con entusiasmo. Luego preguntó el presidente a sus ministros si había alguna alternativa a su programa. Unánimes, dijeron que ninguna. Luego preguntó si faltaba algo en su plan. Respondieron al unísono: absolutamente nada. El fantasma de Kafka murmuró en voz baja: esto es demasiado kafkiano para mí... Regreso a mi tumba.

EL MISTERIO DE NUESTRA INFLACIÓN

Para esclarecer el origen de la inflación en México necesitamos no economistas sino detectives. Sherlock Homes y Hercule Poirot nos serían útiles. La inflación en moneda nacional, según cifras oficiales, es de 53% para 1995. El gobierno culpa de ello a la devaluación de nuestra moneda, que ha encarecido importaciones como exportaciones. Pero considerando que la proporción que representa la suma de importaciones y exportaciones en el Producto Interno Bruto es del 29%,

y aún suponiendo que todas nuestras importaciones y todas nuestras exportaciones medidas en moneda nacional hubieran subido de precio dentro del país en proporción a la devaluación del peso respecto al dólar, ¿cómo se explica el 24% restante sin las finanzas públicas tienen superávit y no ha habido expansión monetaria? Aquí empieza el gran enigma de nuestra inflación. ¿Será por la multiplicación engendrada por el efecto líder en los precios de los energéticos? ¿Será por inflación de costos, a pesar de que el incremento de los sueldos está por debajo del aumento de precios? ¿Será por la improductividad de gran parte de la burocracia? ¿Será por gastos políticos, como acarreo, publicidad y compra de votos? ¿Será por el efecto psicológico de la expectativa racional de que habrá más inflación en el futuro? ¿Será porque el "riesgo-país" ha aumentado? ¿Será por la corrupción? Ojalá los detectives nos lo puedan explicar, porque los economistas oficiales no convencen.

DOS REBELIONES EN MÉXICO

Ortega y Gasset publicó en 1929 su famosa *Rebelión de las masas*; Christopher Lasch, en 1995, *La rebelión de las elites*. Ambas rebeliones tienen vigencia en el México actual. Ortega y Gasset afirmó que en la sociedad moderna había un fenómeno al que denominó "la invasión vertical de los bárbaros", es decir, la creciente penetración de la sociedad por los ignorantes. Sería incorrecto decir que en México vivimos un fenómeno idéntico, pero cabe reconocer la existencia de lo que podríamos llamar *la invasión vertical de la pobreza*. Los pobres empobrecen más y las clases medias son cada vez menos y tienen menos ingresos. Hay además un aumento impresionante de la desocupación y del endeudamiento, de la violencia en zonas urbanas y rurales.

Al mismo tiempo, se acelera la rebelión de las elites políticas y económicas. Ya no existe la identidad ideológica mayoritaria que prevaleció por muchos años después del triunfo de la Revolución Mexicana. El Partido Revolucionario Institucional se ha fragmentado. Lo abandonan disidentes que forman nuevos partidos. Dentro del mismo PRI es cada vez más difícil lograr un consenso voluntario. Los partidos de oposición ocupan espacios crecientes en el espectro político. Las elites políticas se están rebelando.

Las elites económicas y financieras, pese a su delicada posición —dependen del gobierno en muchas áreas—, también piden nuevos programas económicos para salir del estancamiento estructural y de la depresión que los agobia. La rebelión de las elites está en marcha y presiona para lograr cambios en la política económica. Ambas rebeliones, la de las masas y la de las elites, exigen nuevos rumbos. Ni una ni otra están satisfechas con la baja tasa de crecimiento de nuestra economía. La meta que tiene el gobierno de crecer al 3%

anual a todos parece insuficiente ante la magnitud de nuestros problemas sociales, políticos y demográficos.

¿A QUÉ TASA NECESITA CRECER NUESTRA ECONOMÍA?

Varían las estimaciones sobre el crecimiento necesario para resolver, aunque sea paulatinamente, nuestros problemas económicos, políticos y sociales, pero son superiores a las que el gobierno se ha fijado. El Banco Interamericano de Desarrollo calcula como mínimo necesario que el PIB aumente 6.7% al año. En un libro de próxima aparición en México, el economista francés Edouard Parker cree que el mínimo indispensable es del 7.5% anual. Según Parker, México necesita 2.5% de crecimiento en su PIB sólo para absorber y dar empleo a los nuevos mexicanos que anualmente llegan a la edad de ingresar a la fuerza de trabajo. Se requiere otro 2.5% de aumento para absorber paulatinamente cada año siquiera la décima parte de los millones de desempleados y subocupados que se han acumulado por falta de desarrollo en años anteriores. Para modernizar nuestra economía, aumentar nuestra competitividad internacional al ritmo que exige nuestra participación eficiente en la economía global e incrementar nuestro ahorro interno necesitamos otro 2.5% de aumento anual en el PIB. Total, 7.5% como mínimo.

No lograremos esta indispensable tasa de crecimiento con las fórmulas actuales y los programas económicos vigentes. Tampoco es viable, en la economía global en que estamos insertos, recurrir al crecimiento por sistemas como el pretérito programa de sustitución de importaciones. Tenemos que buscar modelos diferentes. Varios países asiáticos han logrado tasas de crecimiento espectaculares aun participando en la economía global. Es válido preguntar si México podría hoy, con programas similares, crecer a las tasas que históricamente tuvo y las que necesita hoy.

TIGRES, DRAGONES Y NUESTRO MODELO

Hay quienes piensan que en los programas de los países de la Cuenca del Pacífico podemos encontrar una fórmula aplicable a México. Asia, como región, ha dado un salto económico espectacular. En 1960 representaba sólo el 4% del Producto Interno Bruto mundial; para 1990, el 25%, y hoy debe de andar muy cerca del 30%.

La experiencia asiática muestra que no hay un método uniforme para crecer, ya que los países tienen estructuras sociales y políticas distintas. No es comparable la fórmula de crecimiento de un país dictatorial como China con el sistema de Japón. Nada tiene que ver Indonesia con Malasia. Hong Kong y Seúl son muy disímbolos y sin embargo ambas economías se desarrollaron rápidamente. La realidad del Pacífico es que no

hay uno sino muchos modelos asiáticos. Nuestra verdad es que la estructura social, la geografía y la situación política de México constituyen un caso *sui generis*. Necesitamos un modelo propio para lograr un crecimiento adecuado a nuestros problemas y urgencias.

Según la teoría económica ortodoxa, se crece aumentando la cantidad y la calidad de los insumos. Este criterio es válido para los países socialmente homogéneos y con sistemas económicos uniformes en toda su extensión geográfica. El caso de México es especial por la marginación étnica, geográfica y cultural de unos diez millones de sus habitantes, que ha sido y sigue siendo un freno al desarrollo. Son diez millones disfuncionales en la economía moderna. El requisito previo de un plan de desarrollo realista es un programa especial de desmarginación, funcionalización e integración a la economía moderna de todos los habitantes del país. Hace 200 años Adam Smith indicó que para el desarrollo económico era tan importante el libre comercio dentro de un país como el libre comercio entre naciones. Al diseñar un programa de desarrollo para México hay que distinguir claramente entre el principio teórico y su aplicación específica, que tiene que variar según las circunstancias históricas. Debemos reconocer que, por diversas razones, la economía de mercado y sus ventajas teóricas de eficiencia no ha penetrado en todas las regiones de México. Y también que, si la economía de mercado no ha logrado incorporar a todo México, después de casi 200 años de vida independiente, es porque ha habido barreras geográficas, étnicas y educativas a la funcionalización de todos los mexicanos. El costo-región, tan alto en muchas zonas de México en comparación con otras, y comparativamente con otros países, ha frenado la inversión para el desarrollo. Es curioso que muchas grandes empresas mexicanas hayan invertido en el México no marginado pero, teniendo capacidad de crecimiento sobrante, han preferido establecer plantas filiales en Estados Unidos, España, Centro y Sudamérica antes que en el México rezagado. Capacidad financiera la han tenido y la tienen, pero los atractivos han sido menores, y los costos y riesgos han sido mayores aquí. Un programa realista para el desarrollo de México tiene que buscar la forma de lograr que nuestra capacidad financiera y tecnológica se extienda por todo el país y aproveche la capacidad productiva de los muchos mexicanos hoy rezagados del progreso.

EL FACTOR TIEMPO EN LA ECONOMÍA

Cuando los economistas citan los "factores de la producción" mencionan el capital humano, el financiero y el físico, la mano de obra, la tecnología, la educación y la infraestructura. Rara vez hablan del factor tiempo y de la urgencia como elementos esenciales en la vida económica. Entre los pocos que han tomado en cuenta

el factor tiempo como parte del proceso de producción están en primer término Rosenstein-Rodin, en los años cuarenta, y ahora el ganador del Premio Nobel de Economía 1995, Robert Lucas. El primero señaló que todo proceso de producción, sea tan corto como producir frijol o tan largo como construir una fábrica, involucra el factor tiempo como elemento en las decisiones sobre qué hacer o no hacer. Robert Lucas desarrolló esta idea al analizar la importancia de las expectativas, fuesen racionales o irracionales, ascendentes o descendentes, en la economía moderna. Lucas ha señalado que, como caso único en la economía, las expectativas psicológicas, buenas o malas, se vuelven parte de la realidad. Las expectativas determinan si algo se produce, se invierte o se innova. La economía real funciona a base de expectativas, no sólo de realidades. Por ello es tan importante para el desarrollo económico y el crecimiento que un gobierno sea capaz de generar y sostener expectativas ascendentes y *creíbles*.

Factores psicológicos como la confianza y las previsiones, las expectativas y la credibilidad son tan importantes o más para el crecimiento de un país como la disponibilidad de capitales o insumos reales. La mala experiencia de ahorradores, inversionistas y empresarios con el gobierno actual, y el incumplimiento de sus metas, ha vuelto más difícil el crecimiento de nuestra economía. Necesitamos más actos y menos pactos. Desde 1987 el gobierno inició una interminable serie de pactos y acuerdos, cuyo objetivo ha sido más la contención de precios que el desarrollo del país. Falta un pacto para el crecimiento, no para frenarlo. Es indispensable establecer la confianza en nuestra capacidad para crecer. Falta proyectar y sostener una imagen realista que sirva de estímulo a nuestra economía.

La cultura del crecimiento, la confianza en nuestra capacidad de resolver problemas, nos impone ser flexibles en la aplicación de métodos. No hay nada más peligroso para un país que el fundamentalismo, sea religioso, ideológico o económico. Encomendarnos a un monoteísmo en la economía ha sido la causa de la crisis que vivimos. Debemos recordar que nuestros antepasados prehispánicos tenían no uno sino muchos dioses. Había uno para la fertilidad, otro para la lluvia, otro para la guerra y otros para resolver problemas específicos. El error de nuestro gobierno de economistas ha sido invocar únicamente al monetarista Milton Friedman y olvidarse de Keynes para combatir la recesión, de Schumpeter para acelerar tanto la inversión como el empresarismo y el crecimiento, de Edmund Phelps para combatir el estancamiento histórico o estructural, y del ganador del Premio Nobel de Economía 1993, Douglass North, quien ha señalado los frenos específicos al crecimiento que han impedido la modernización de nuestra economía en muchas áreas. Son caciques y religiones, organizaciones obsoletas, instituciones y tradiciones,

etnoromanticismo y multilingüismo, y el temor al cambio; son todos ellos lastres reales que en México nos falta eliminar. Olvidemos el monoteísmo y la ortodoxia, busquemos nuestro propio esquema, adecuado a la realidad del país.

PODEMOS CRECER SIN INFLACIÓN

México tiene en este momento gran capacidad productiva ociosa en el sector industrial. Muchas empresas llevan varios años de producir menos de lo que pueden. Han recortado horarios de trabajo y tienen instalaciones desaprovechadas. Una expansión de la demanda mediante el gasto en obras productivas o de infraestructura desencadenaría el poderoso multiplicador de ingresos y aquellos otros multiplicadores reciclantes de inversión y ahorro, consumo y empleo. Esta situación permitiría que un aumento de la demanda pudiera satisfacerse sin alza de precios y sin planta física o capital adicionales. El gobierno debe aprovechar esta situación para poner en marcha un programa de aumento de la demanda que eleve la producción sin crear presiones inflacionarias. Recordemos que los problemas macroeconómicos se resuelven en los espacios micro. La capacidad ociosa en nuestra microeconomía presenta una oportunidad única para activar el crecimiento a través de la expansión prudente de la demanda y así poner en marcha los muchos multiplicadores que reforzarán la acción inicial. Que reviva la demanda y muera la depresión. En esta coyuntura nacionalicemos a Keynes y expatriemos a los monetaristas nativos que hoy dominan nuestra política económica.

VENCER LA INERCIA IDEOLÓGICA

La realidad de nuestra economía son 18 años sin crecimiento suficiente para resolver los problemas demográficos y políticos que han hecho crisis. Por si fuera poco, llevamos muchos años sin alcanzar ni las modestas metas previstas por las autoridades económicas. Este fracaso ha anulado la credibilidad del gobierno. Ha llegado el momento de eliminar la barrera mental que separa a nuestra elite política de la realidad y le impide ver los problemas actuales y futuros. Llamémoslo prevalencia de un narcisismo económico, autopolisis o enamoramiento de imágenes irreales: la verdad es que necesitamos con urgencia una nueva política de crecimiento orientada hacia la resolución de problemas internos. El fácil camino del crecimiento a través de la sustitución de importaciones no lo podemos recorrer de nuevo en una economía global interconectada e hipersensible. El estatismo sólo nos ha resultado ineficiente, antidemocrático, centralizador y antifederalista. El colapso del comunismo demuestra que el camino a la ineficiencia económica está pavimentado con planes estatistas.

Pero queda abierto para México un camino inexplorado que es el *estatismo indirecto*, en el cual el gobierno estimula y ayuda a la iniciativa privada que tiene capacidad de inversión y tecnología suficiente para iniciar un programa de *sustitución de producciones*. Esto implica que el gobierno use y ayude al sector privado para desmarginar, integrar y funcionalizar a nuestra fuerza de trabajo. Se requiere una política industrial dirigida no sólo a producir para el mercado exterior, como ha sido el caso de los países asiáticos, sino enfocado a la *capitalización horizontal*, la expansión geográfica del capital, para incorporar a la economía moderna funcional a todas nuestras zonas aisladas, rezagadas o marginadas. Junto con la capitalización horizontal para la integración geográfica, necesitamos un programa de *capitalización vertical*, empresa por empresa e individuo por individuo, para aumentar la productividad de nuestra mano de obra, junto con sus ingresos, y darles la capacidad de ahorro para iniciar el proceso de multiplicación y reciclaje de ingresos. El pacto para crecer es la ruta.

PARA CRECER

Sería presuntuoso tratar de exponer un plan integral de crecimiento en unos cuantos párrafos. Sólo esbozaré algunos puntos. En primer lugar, la historia del país indica que la economía de mercado sola ha sido incapaz de resolver todos nuestros problemas de desarrollo. Dejar al mercado la solución de los problemas económicos es evadir nuestra responsabilidad. Esperar que la salida de la crisis sea automática y que pronto haya un rebote natural es un buen deseo, pero poco factible. Lo más notable de la política económica del gobierno en los últimos siete años ha sido la renuncia explícita a dotarse a sí mismo de una estrategia adecuada. Ninguno de los grandes retos a que se enfrenta el país puede ser resuelto por el juego del mercado y una pasividad política. Aun en la más democrática de las sociedades, la economía necesita indicadores, guías y parámetros.

El primer punto que hay que recalcar es que en una economía global es difícil que todos los países puedan lograr *simultáneamente* un crecimiento inducido a través del aumento de las exportaciones. La competencia es demasiado dura y los rezagos tecnológicos y educativos colocan a los países subdesarrollados como México en franca desventaja. Por ello el crecimiento del mercado interno es la estrategia de desarrollo más viable, sin perjuicio de cualquier integración internacional no empobrecedora que podamos lograr.

El gobierno reitera que para liberarnos de los golpes bajos que nos dan los flujos de capital extranjero volátil debemos sustituirlo con ahorro interno. Pero ¿grullasca idea, pero ¿cómo aumentar el ahorro interno si la mayoría de los ingresos individuales y empresariales están bajando? Nuestro ahorro interno ha bajado del 22% al

15% del PIB, y para crecer sostenidamente necesitamos cuando menos el 30%. Hay que hacer algo.

Las devaluaciones en México, llámeseles deslizamiento, flotaciones o ajustes de banda, han sido acumulativas e irreversibles. En 23 años el tipo de cambio ha pasado de 12.50 por dólar a 8 000 por dólar —cifra real sin el maquillaje de quitar tres ceros al peso. Por ello, las perspectivas de estabilidad cambiaria futura no son muy creíbles, dada la inflación, que crece a un ritmo muy superior al de las que tienen países con los cuales comerciamos. Es poco probable que el ahorro interno responda favorablemente con tales perspectivas. Por ello, un programa realista para el crecimiento tiene que depender no del ahorro general de una población escéptica sino de la capacidad de ahorro específica de unas cuantas empresas que han demostrado poder hacerlo. Buena parte de este ahorro ha emigrado para establecer plantas fuera de México. El aprovechamiento interno de este ahorro puede lograrse estimulando fiscalmente las inversiones, el establecimiento de plantas y la creación de empleos en las zonas rezagadas del país. El estatismo indirecto y el capitalismo integrativo o desmarginalizador tienen que ser parte integral de un plan realista para el desarrollo sustentable y autorreciclable. Infraestructura y estímulos fiscales son esenciales.

Pero además, la política de desarrollo tiene que incluir, primordialmente, un programa de disminución voluntaria de la natalidad. Es cierto que el aumento poblacional ha disminuido sustancialmente en las zonas urbanas y en las regiones más avanzadas del país. Pero es alarmante que en las zonas más pobres todavía nazcan en promedio más de cinco hijos por mujer. Nuestro crecimiento económico depende de que se pueda resolver pronto el problema demográfico. Nuestra nación no puede dar una vida satisfactoria a la mayoría de los habitantes si tiene que enfrentarse al aumento continuo de la población, por encima de nuestra capacidad de capitalización, a la juventización de la misma y al hecho de que el aumento es más fuerte en las zonas más pobres. Hay oposición por parte de muchos grupos religiosos a todo programa de planificación familiar. Habría que recordarles que el primer planificador familiar fue San Agustín cuando expuso que era más importante la *calidad* de la vida que su *cantidad*.

EDUCACIÓN PARA CRECER

La evidencia estadística en México es definitiva. El crecimiento económico no ha sido suficiente. Los verdaderos enemigos de nuestro progreso económico no están siendo combatidos o neutralizados. Es cierto que la integración económica y el apalancamiento de los pobres para multiplicar sus esfuerzos, dándoles acceso al uso del capital, son elementos esenciales en todo programa de desarrollo. Pero además tenemos que pensar

en la creciente disparidad educativa interna que divide a los mexicanos y la cual ha creado un verdadero *apartheid* que separa cada vez más a los educados de los que no tienen escolaridad suficiente. Nuestro nivel real de escolaridad es difícil de medir por las enormes diferencias regionales. Pero aun tomando como buenos los promedios, organizaciones internacionales han calculado nuestra escolaridad en menos de cinco años. Esto contrasta con cifras medias de once y doce años en los países que forman parte de los tratados de libre comercio en Norteamérica y con los cuales tenemos que competir. Sólo 55% de los jóvenes mexicanos en edad de hacerlo se inscriben en las secundarias y preparatorias, y únicamente 14% entran a las universidades. Sólo por comparación, en Corea del Sur, pese a varias guerras e invasiones, 90% de los jóvenes cursan educación secundaria y preparatoria y 42% llegan a las universidades.

El gobierno insiste en la necesidad de extender la cobertura educativa y hacer obligatoria y total la educación secundaria. La extensión de la educación básica es inobjetable, pero recordemos que Maximiliano, con todo y sus muchos defectos, decretó la obligatoriedad de la educación secundaria hace más de cien años. La urgencia de nuestros problemas económicos es tal que no podemos esperar a que la educación básica resuelva, *en el tiempo disponible*, el problema de nuestro atraso educativo.

Tenemos por ello que pensar en *adicionar* a la educación básica un sistema paralelo de educación o capacitación a corto plazo que pronto dé mayor funcionalidad y capacidad de ingresar a la economía moderna a un mayor número de jóvenes. Se necesita un sistema para que las empresas y las fábricas, con ayuda y estímulo del gobierno, establezcan sistemas educativos paralelos internos. Lo ideal es que las empresas y las fábricas sean también aulas, y que los videos enfocados a capacitaciones específicas sean el complemento de los libros.

México tiene que aprovechar la demostrada capacidad de muchas de sus empresas para crecer, modernizarse, cubrir todo el territorio nacional e incluso convertirse en una nueva fuerza con visos neo-imperialistas. La fuerza integrativa y desmarginalizadora de nuestro capitalismo puede y debe ser aprovechada. México necesita una nueva revolución capaz de enfrentarse a nuestros problemas de desempleo, falta de crecimiento y aumento de pobreza y vencerlos por vías pacíficas. Muchas de nuestras empresas pueden convertirse en jaguares capaces de competir con los tigres y dragones de Asia y con los monstruos de América del Norte. Tenemos que dejar de ver a nuestros habitantes como población y convertirlos en ciudadanos productivos y funcionales capaces de ascender en la escala social y en la económica. Esta es tarea olvidada por el gobierno. Es más fácil abdicar de sus responsabilidades que resolverlas. ▀